

✠ Imágenes para Orar con el ciclo litúrgico "C" ✠

+ Año Santo de la Misericordia 2016 +
Domingo Décimonoveno del Tiempo Ordinario

*"Estad preparados, porque a la hora que menos penséis
viene el Hijo del Hombre" (u. 40)*

Hcb 11,1-2,8-19; Lc 12,32-48



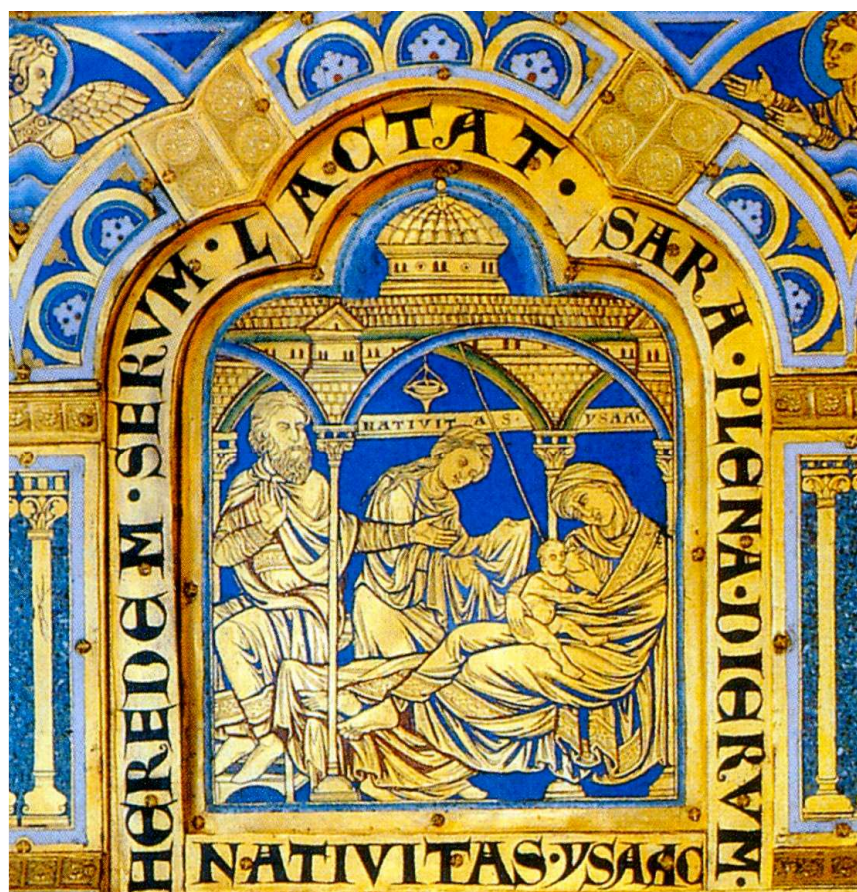
Sermón de la Monta. Detalle

Autor: Fra Angelico, siglo XV



Ordenación diaconal de San Lorenzo

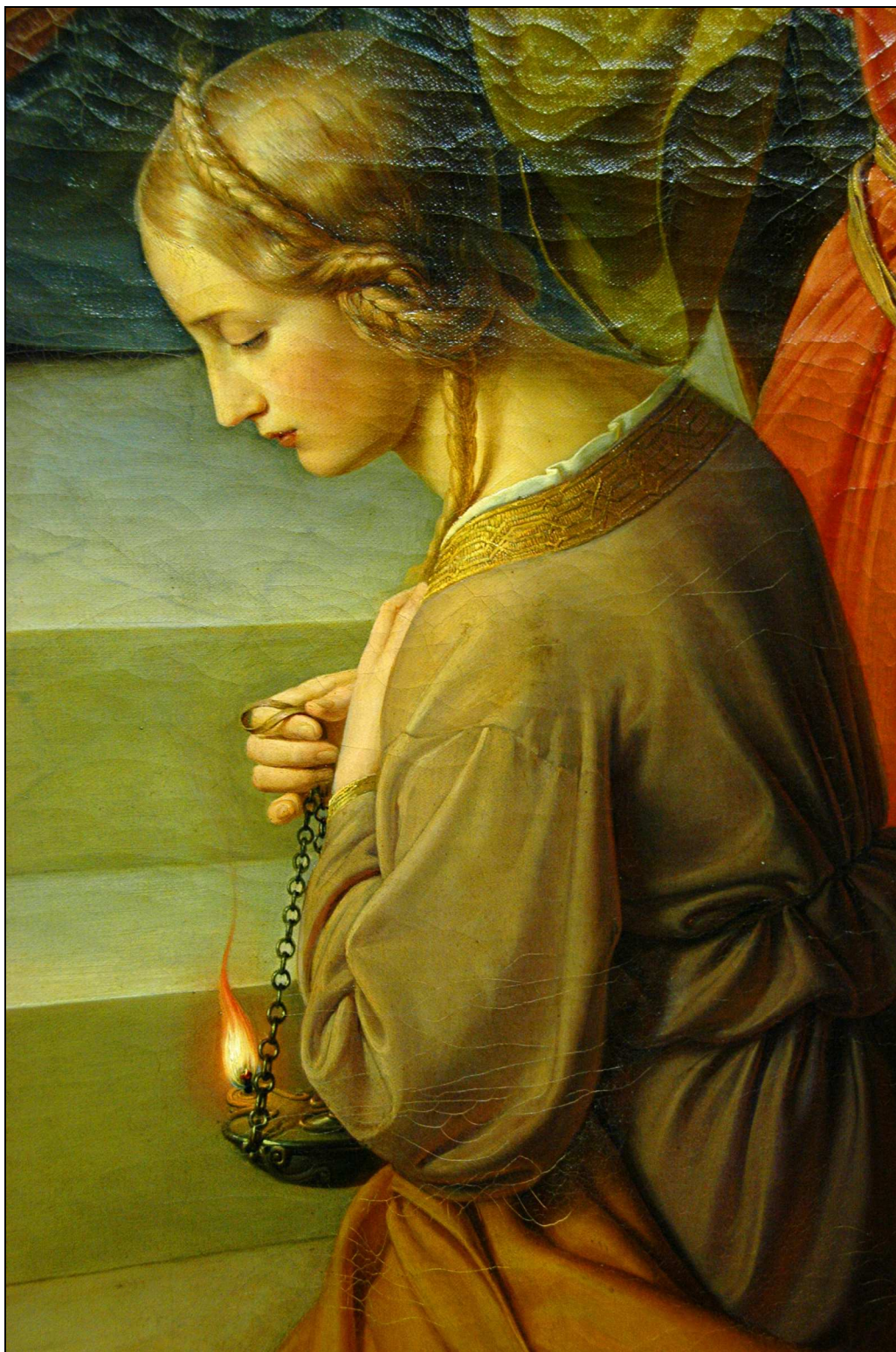
Autor: Fra Angelico, siglo XV



Altar de Nicolás Verdún

Esmalte champlevé, siglo XII

Klosterneuburg. Austria



Una virgen prudente

Autor: Friedrich Wilhem von Schadow, siglo XIX



Parábola de las vírgenes necias y prudentes

Autor: Peter von Cornelius, año 1813

Homilía para el Domingo Décimo

Noveno del ciclo litúrgico C

Lectura: Hbr 11,1-2.8-19

Autor: P. Heribert Graab S.J.

Hoy, a mi juicio, está en el punto central de la liturgia, la Lectura segunda neotestamentaria.

Este capítulo undécimo de la Carta a los Hebreos es uno de los textos claves y fundamentales para nuestra comprensión de la fe.

Todos nosotros estamos marcados más o menos en nuestra propia comprensión de la fe por el racionalismo y la ilustración. Continuamente vemos la fe en competencia con el saber.

La lengua alemana y la española agudizan esta competencia en detrimento de la fe:

“Creer” en alemán y en español es de similar significado a “opinar” y “sospechar” – precisamente a un “no saber seguro”.

“Saber” es fundamentalmente demostrable, “creer”, por el contrario, no.

“Ciencia” se deriva de “saber” no por casualidad.

Consecuentemente la teología es como la “ciencia de la fe”, una contradicción en sí misma y a los ojos de muchas personas “ilustradas” no pertenece a una Universidad.

Por el contrario, el latín diferencia más claramente entre “putare” y “credere”:

“Putare” significa “creer” en el sentido de “opinar” y “sospechar”.

Por el contrario, “credere” significa

“estar convencido de algo”, “poner toda la confianza en alguien”, “contar con él” y no ciegamente sino fundamentado con solidez.

Por consiguiente, con las palabras de la Carta a los Hebreos:

“Estar firme en lo que se espera” y “estar convencido de las cosas que no se ven.”

Lancemos otra mirada a nuestro lenguaje:

Decimos: “Yo creo algo” – por consiguiente, tengo algo por verdadero.

Este acusativo, referido a Dios, significa:

Yo creo que Dios verdaderamente existe.

También decimos: “Yo te creo” – por consiguiente, tengo algo por verdad porque tú lo dices como persona digna de confianza.

En la confesión de fe de las Iglesias cristianas

- por consiguiente, en el “Credo” -

“creer” no está ni con acusativo ni con dativo.

En la confesión de fe se dice más bien:

“Creo en Dios”

Para comprender lo que significa esta construcción preposicional puede ayudar el recurrir a nuestras relaciones humanas:

No es raro que digamos “yo creo en una persona” o

“¡yo creo en ti!”

Pero cuando lo hacemos, entonces, por regla general, el amor está en juego.

Una madre dice a su hijo algo así:

“Creo en ti, aunque tú por el momento pareces estar en la parte perdedora.”

De forma muy parecida, quizás también un enamorado dice a su amada:

“¡Creo en ti, aunque otros –por cualquier motivo- te hayan hecho la cruz. Yo estoy de tu parte!”

Visto así, incluso resulta demasiado breve aquella definición, que el autor de la Carta a los Hebreos pone al comienzo de su exposición de fascinantes ejemplos de fe de la historia de Israel:

“Estar firme en lo que se espera” y

“estar convencido de las cosas que no se ven.”

En todos los testigos de fe, que especifica la Carta a los Hebreos, se trata más bien en primer lugar de relatos de relación:

Cuando Abraham se marcha de su patria ancestral,

* no sigue de ningún modo una idea arrebatadora,

* ni su deseo de aventura,

* y tampoco la perspectiva de mejoras económicas.

* Él no se deja de ningún modo conducir por la confianza de Colonia:

“Esto siempre ha ido bien”:

Más bien en el fondo de la partida de Jarán está
su relación personal con este Dios que le llama.

Esta relación está marcada

* por su experiencia con este Dios,

* por el gran respeto y reverencia ante este Dios,

* por la confianza ilimitada, fundada en la experiencia, en este Dios

* y finalmente por un amor abrumador a este Dios.

De un modo para nosotros casi insoportable,
la Carta a los Hebreos aguza en su descripción
el “sacrificio” de Isaac.

Martin Lutero puso en su punto la enorme tensión
de esta situación con toda agudeza:

“Aquí la razón humana no se cerraría sencillamente,
la promesa de Dios no podía mentir porque entonces no sería de Dios,
sino mandato del demonio.

Que la promesa suena contra sí misma es evidente.

Pues si se mata a Isaac, la promesa es vana e inútil;

pero la promesa es cierta y debe persistir

y entonces es imposible que esto pueda ser mandato de Dios.

Por otra parte, yo digo que la razón no puede cerrarse.”

A pesar de toda nuestra “razón” humana, la Carta a los Hebreos concluye
con la constatación del hecho:

“¡Por causa de su fe, Abraham recobró a Isaac!”

“Éste es un símbolo!” también para nuestra fe.

Así de increíble puede sonar todo lo que nos podemos acercar a una
comprensión,

si nosotros recurrimos otra vez a nuestra experiencia en el amor
interhumano:

El amor tiene –sobre todo en situaciones excepcionales– la fuerza de
crear una nueva realidad

y esto con frecuencia contra toda “razón”.

* El amor de los padres a su hijo gravemente impedido,
que la “razón” quizás hubiera abortado-

“crea” para este niño una posibilidad de vida enteramente feliz.

* Con frecuencia la espera “irracional” de una persona amada después de muchos años sin señales de vida fue “recompensada” con el tardío regreso al hogar desde el cautiverio de la guerra.

* El cuidado amoroso durante largos años y aparentemente sin sentido de un cónyuge enfermo de muerte, puede sólo en muy raros casos “curarle”, pero, sobre todo, “crea” en un mundo con frecuencia tan inhumano un irrenunciable “plus” de humanidad.

Sólo superficialmente, el amor es “irracional”.

Puede ser enteramente posible para la ciencia moderna demostrar lo que sucede en nuestras células cuando amamos.

Pero lo último y lo decisivo es que este amor es inabordable para la ciencia humana.

El amor tiene un acceso a la realidad que excede en mucho las posibilidades de toda ciencia.

De esta “sabiduría del amor” se trata en la fe:

Esta “sabiduría del amor” caracteriza la fe de Abraham.

Esta “sabiduría del amor” hace posible aquel “estar firme en aquello que se espera”.

Esta “sabiduría del amor” hace posible “estar seguro de las cosas que no se ven”, pero que son realidad no obstante.

El autor de la Carta a los Hebreos nos pone ante la vista, la falta de sentido que tiene aprovechar la rivalidad entre ciencia y fe.

Más aún:

Nos pone ante la vista

que la fe nos abre a una realidad con la que ni siquiera puede soñar la “ciencia ilustrada”.

Amén